

SUB ROSA. UNA INCURSIÓN DE JUAN BENET EN LA NARRATIVA MARINERA

Alfonso DE LA HOZ GONZÁLEZ



Benet ha inaugurado, él solo, la literatura contemporánea en lengua castellana.

Lecturas compulsivas. Félix de Azúa.



I el llamado *boom* latinoamericano supuso para nuestras letras una necesaria bocanada de aire fresco que, llegada del otro lado del Atlántico, vigorizó a una literatura aparentemente varada en el realismo social, no menos trascendente resultó la irrupción de Juan Benet Goitia (1927-1993), novelista, ensayista y dramaturgo, en el panorama literario hispánico. Desdeñando cualquier pretendida función social de la literatura, Juan Benet apostó desde el principio por un proyecto literario en el que se concedía prioridad absoluta al estilo en detrimento de una trama que el escritor jamás llegaría a desvelar del todo, generando todo tipo de enigmas e incertidumbres. En su primer ensayo literario, *La inspiración y el estilo* —escrito en diferentes lugares, entre Oviedo y León, mientras Benet desempeñaba sus actividades como ingeniero de Caminos, Canales y Puertos en diversas obras hidráulicas—, sentó las bases sobre las que edificaría uno de los corpus literarios más importantes y originales de la literatura española. El proyecto narrativo de Benet, con grandes dosis de ambición y de exigencia, se proponía la recuperación del estilo noble o *grand style*, abandonado por nuestra literatura tan pronto esta se sometió al costumbrismo.

Como todos los innovadores, Benet tuvo muchos detractores y recibió múltiples acometidas, especialmente desde los sectores más trasnochados del casticismo patrio, que llegaron a tachar de compleja, oscura y aburrida la mayor parte de su producción narrativa. De igual modo, Benet se mostró

como un crítico ferozmente demoledor y no tenía ningún reparo en aborrecer abiertamente la obra de Galdós, posiblemente nuestro último escritor nacional.

Ciertamente no es un escritor de lectura fácil y cómoda. Su laberíntica escritura (lo del laberinto es un lugar común ineludible cuando se habla de Benet) exige algo de esfuerzo y muchos lo han rehuído al primer intento; absténganse por tanto los devotos del *whatsapp* y el *SMS*. Para leer a Juan Benet hay que venir leído e instruido; pues como bien dice Javier Marías, gran amigo y discípulo de Benet: «No es culpa de un escritor que algunos de sus lectores no lo hicieran bien en la escuela».

El lector que se sumerge en el mundo benetiano — toda una aventura repleta de claroscuros e incertidumbre — tras haber sorteado largas parrafadas de las que le dejan a uno sin resuello, no por ello exentas de precisión y exactitud, se dará cuenta de que difícilmente encontrará una prosa mejor y más certera.

Al igual que su admirado Faulkner, Benet creó su propio territorio mítico e imaginario en el que transcurre gran parte de su producción literaria: *Región*. Así sucede con *El aire de un crimen*, *Una meditación* o *Herrumbrosas lanzas* y, por supuesto, con *Volverás a Región*, su referencial obra maestra.

Benet y la literatura del mar

En uno de los capítulos de *La inspiración y el estilo*, titulado «Algo acerca del buque fantasma», Benet aborda la cuestión de la literatura marinera — una modalidad característica de la literatura anglosajona y escasamente cultivada en nuestras letras — del siguiente modo:

«La novela del mar, en cuanto género, es una invención específica del siglo xix que con él nació y casi murió con él.»

La narrativa marinera, género complementario y simultáneo de la novela de misterio, permite a Benet considerar al medio marino como el ideal para la pervivencia permanente del misterio merced a su naturaleza insondable y a su incesante movilidad.

Tras referirse a Melville (*Moby Dick*) y un poco más extensamente a Edgar Allan Poe (*Las Aventuras de Arturo Gordon Pym* y la terrorífica *Un descenso al Maelström*), Benet reconoce la supremacía de Joseph Conrad — uno de los escritores más próximos a la perfección en lengua inglesa pese a su origen polaco —, al que considera el más marinero de los escritores del mar debido a su propia experiencia como marino, gracias a la cual jamás tuvo que recurrir al misterio, bastándole con interpretar y contar sus propias vivencias:

«En la ciencia literaria de las cosas del mar llegó Conrad a una altura difícil de alcanzar.»

Una de las obras de Conrad que más impactó a Benet es *El espejo del mar*, novela de cuya existencia supo en 1954 cuando se encontraba realizando prácticas ingenieriles en Suecia. Benet, que creía haber leído todo lo publicado por Conrad (*Lord Jim Juventud, El Negro del Narcissus...*), recorrió de regreso a España las librerías de media Europa buscando alguna edición en inglés de aquel título, hasta que lo encontró en París publicado en francés: *Le miroir de la mer*. Aquel hallazgo no pudo ser más valioso, por lo que no debe extrañarnos que en 1981, cuando decidió prologar la traducción al español de *The mirror of the Sea*, escribiera:

«El libro me proporcionó una impresión indeleble y la seguridad de haber topado con una prosa exacta, acabada, perfectamente trabajada, ensamblada y estanca como los cascos de los buques que describía.»

Merece la pena señalar que el traductor —que no era otro que Javier Marías— agradecía en su nota introductoria la colaboración de un oficial de la Armada que le había auxiliado en la compleja tarea de conseguir la exacta equivalencia de algunos giros y términos marineros: don Luis de Diego.

Otro de los relatos marineros prologado por Benet es el *Benito Cereno* de Melville, una escalofriante historia basada en los hechos vividos por el capitán Amasa Delano en la que a decir del propio Benet:

«...no falta nada indispensable: la aventura, la acción guerrera, el rigor y la crueldad de la vida a bordo, el exotismo de los países lejanos y desiertos, y sobre todo... el misterio.»

Como apuntaba Benet, la literatura marinera tuvo sus mejores días en el siglo XIX y obviamente en lengua inglesa. Stevenson, Poe, Melville y Conrad —Kipling y Jack London están a caballo entre dos siglos— no dejaron sucesores de su talla durante el siglo XX, salvo quizás Ernest Hemingway (*El viejo y el mar*), si bien no escasearon los novelistas históricos especializados en la época de Nelson, como Alexander Kent, Patrick O'Brian o Cecil Scott Forester.

Nuestra literatura, poco dada a este tipo de narrativa, tuvo como altos dignatarios en este género a Pío Baroja e Ignacio Aldecoa. Curiosamente, ambos escritores fueron frecuentados por Juan Benet en diferentes etapas de su vida. El primero, uno de los pocos autores hispanos admirados por Benet, publicó una falsa trilogía —pues consta de cuatro títulos— sobre el mar: *Las inquietudes de Shanti Andia, El laberinto de las sirenas, Los pilotos de altura y La estrella del capitán Chimista*. Benet frecuentaba la tertulia que el escritor

guipuzcoano solía convocar en su piso madrileño de la calle Alarcón, de la que da buena cuenta en «Barojiana», uno de los capítulos más divertidos del que posiblemente sea su libro más accesible: *Otoño en Madrid hacia 1950*.

Años más tarde Benet coincidiría repetidamente en el Café Gijón y en el Gambirinus con Aldecoa, quien en 1958 publicó *Gran Sol*, una vibrante novela sobre los pescadores de altura; a juicio de Caballero Bonald, la mejor novela del mar en lengua castellana.

La narrativa marinera en español ha subsistido mal que bien a lo largo de los últimos años. Recientemente nos ha dejado Álvaro Mutis, el escritor colombiano que nos encandiló con las aventuras de *Maqroll el Gaviero*, aunque todavía podemos contar con el popular Arturo Pérez-Reverte (*La carta esférica, Corsarios de levante*).

Finalmente, no podemos obviar a dos escritores, ambos oficiales de la Armada, que —permítaseme el pleonasma— comparten la gracia de llamarse Luis: don Luis Berenguer Moreno de Guerra y don Luis Mollá Ayuso.

Aunque Berenguer alcanzó la fama nacional gracias a *El mundo de Juan Lobón*, novela en la que se narran las desventuras de un cazador furtivo, también cultivó con cierto éxito la novela del mar, de la que son muestra *Marea escorada* y *Sotavento*, esta última de lectura obligada para los «cañailas».

Nuestro capitán Marryat particular —el multilaureado Luis Mollá— debutó en el mundo de la narrativa del mar con *El veneno del escorpión*, una recreación naval de *El Conde de Montecristo*, a la que siguieron entre otras: *La tumba de Tautira* y *Perdidos en la memoria*. Su desbordante imaginación, asistida por un estilo ágil y ameno, nos permite navegar por geografías y cronologías varias.

Sub rosa

Además de conocer ampliamente la narrativa marinera, Benet también se ejerció como pintor, llegando a exponer en más de una ocasión sus *collages* y sus marinas, entre las que figuran algunas batallas navales.

Con tales antecedentes, no debe extrañarnos que en 1973 Benet decidiera emular a Conrad y Poe —dos de sus referentes— y se lanzase a la aventura de escribir un relato marinero y enigmático. El título es suficientemente indicativo de lo que el lector puede encontrarse, o tal vez no llegue a encontrar nunca; puesto que *sub rosa* es una expresión latina que literalmente quiere decir «debajo de la rosa», pero cuyo significado real es «confidencial o reservado», confundándose ambas palabras. Aunque estos dos últimos términos no signifiquen exactamente lo mismo en el ámbito de las clasificaciones de seguridad, no olvidemos que hablamos de literatura y que estamos a punto de abordar un libro de Juan Benet, ya que, como decía Juan García Hortelano: «Los libros de Benet son como una expedición a la alta montaña».

Quédense pues en casa quienes no van más allá del «sujeto, verbo y predicado», principio inspirador válido para las previsible aguas del lenguaje administrativo, pero francamente insuficiente para las procelosas y enigmáticas aguas del lenguaje literario, que demandan un lector de talante similar al requerido por Shackleton en su célebre anuncio en el diario *Times* en 1901: «Se buscan hombres para viaje peligroso».

Sub rosa no es precisamente un «ocho mil», pero sí requiere del lector algo de voluntad y cierto temperamento. Por lo que podemos inferir a lo largo de este cuento o novela corta —Benet no termina de aclarármolo en el prólogo de sus cuentos completos—, nos situamos en la segunda mitad del siglo XIX; España ha perdido sus dominios en América pero mantiene sus posesiones en Cuba y Puerto Rico. El relato se inicia en el penal de El Puerto Santa María, donde se encuentra recluido en espera de sentencia don Valentín de Bastera, capitán del *Garray*, por su comportamiento criminal en los hechos que condujeron al naufragio del buque. Misteriosamente, Bastera rehúsa cualquier tipo de defensa y se muestra dispuesto a acatar la pena que le sea impuesta.

El relato está escrito en tercera persona. Una tercera persona omnisciente, pues su constante presencia en todo los acontecimientos en los que se ve envuelto Bastera nos indica que, lejos de encontrarnos ante un Ismael al uso, nos hallemos ante un investigador que afronta los hechos con cierta posterioridad a la época en que sucedieron.

Durante los primeros capítulos se nos describe al capitán Bastera como un prestigioso y experimentado marino por el que pugnan diferentes compañías. Escrupuloso en sus cometidos, Bastera sabe desempeñar el mando de un buque, aplicando sus propias ideas al respecto: «El mando no se recibe ni se transmite; se adquiere».

Posteriormente se plantea el segundo misterio del capitán Bastera a raíz de su enigmática escapada al galope, cuyo destino es un bohío al este de la isla de Cuba, cerca de Pinar del Río. A su regreso tomará el mando del *Garray* y partirá desde La Habana hacia Cádiz con la misión de trasladar a unos reos.

En el penúltimo capítulo sobrevendrá el temporal, que es narrado de forma magistral por Benet —alcanzando las cotas del mejor Conrad— gracias a su dominio del vocabulario marino, a la descripción precisa y minuciosa de la climatología y al relato pormenorizado de todas las reacciones que se suceden a bordo.

Cuando leí por primera vez este cuento de Benet, tuve la sensación de revivir literalmente el temporal que sufrió el *Juan Sebastián de Elcano* en la primavera de 1991 en el Atlántico norte tras salir del puerto de Baltimore, ciudad en la que yace Poe.

En el último capítulo se desvelan en parte los misterios planteados en esta genial y apasionante narración, que Benet redondea homenajeando a Flaubert y a Faulkner con motivo de la muerte de uno de los colaboradores más queridos por Bastera.

Conclusiones

El pasado año 2013 se cumplieron veinte años del fallecimiento de Juan Benet, uno de los narradores más originales que ha tenido la lengua castellana. Su afición por la literatura del mar le llevó a contribuir al género con este extraordinario cuento que es *Sub rosa*. Una buena ocasión para retomar la lectura de este libro, que no es difícil de encontrar debido a que ha sido editado en diversos formatos y recopilaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- AZÚA, Félix de: *Lecturas compulsivas*. Anagrama, Barcelona, 2001.
- BAROJA, Pío: *Las inquietudes de Shanti Andía*. Edición de Darío Villanueva. Espasa Calpe. Madrid, 1996.
- BENET, Juan: *La inspiración y el estilo*. Seix Barral. Barcelona, 1973.
- *Otoño en Madrid hacia 1950*. Alianza Editorial. Madrid, 1987.
- *Sub rosa*. Alianza Editorial. Madrid, 1999.
- *Cuentos*. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1999.
- *Volverás a Región*. Prólogo de Eduardo Chamorro. Bibliotex, S. L. Madrid, 2001.
- BERENGUER, Luis: *Sotavento*. Prólogo de Enrique Montiel. Editoriales Andaluzas Unidas. Sevilla, 1985.
- CABALLERO BONALD, José María: *Copias al natural*. Alfaguara. Madrid, 1999.
- CONRAD, Joseph: *El espejo del mar*. Prólogo de Juan Benet. Ediciones Hiperión. Barcelona, 1981.
- DÍAZ, Epícteto: *La forma del enigma: Siete ensayos sobre la narrativa de Juan Benet*. Universidad de Zaragoza, 2000.
- ECHEVARRÍA, Ignacio: «En memoria de Juan Benet». *El Cultural*, 25 de enero de 2013.
- MARGENOT III, John B.: *Zonas y sombras: Aproximaciones a Región de Juan Benet*. Editorial Pliegos. Madrid, 1991.
- MARIÁS, Javier: *Literatura y fantasma*. Random House Mondadori. Barcelona, 2007.
- MELVILLE, Herman: *Benito Cereno*. Prólogo de Juan Benet. Salvat Editores. Madrid, 1970.
- POE, Edgar Allan: *Narraciones Extraordinarias*. Salvat Editores. Madrid, 1969.
- ROJO, José Andrés: «Benet, un estilo para alumbrar las ruinas». *El País*, 2 de julio de 2009.